



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Guadarrama Olivera, Rocío

Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Propuesta para un debate desde el campo
de la cultura y las identidades laborales

Estudios Sociológicos, vol. XXVI, núm. 77, mayo-agosto, 2008, pp. 321-342

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59826203>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Propuesta para un debate desde el campo de la cultura y las identidades laborales*

Rocío Guadarrama Olivera

El acceso de las mujeres en su calidad de ciudadanas a la educación y a un salario puede considerarse como una de las commociones más importantes vividas por nuestras sociedades en el siglo XX. Al invadir los espacios considerados hasta entonces como terreno acotado de los hombres y privilegio de la masculinidad, la escuela y el lugar de trabajo, la mujer lo cuestionaba todo, tanto en la vida íntima como en la vida pública.

Fátima Mernissi, *El harén político*

Introducción

LA CONSTITUCIÓN DE las mujeres como sujetos sociales es un tema abordado desde múltiples aristas dentro y fuera de la academia. En este artículo buscamos analizar esta problemática desde la óptica de los estudios del trabajo y desde el papel que tiene la actividad laboral como fuente de realización personal y social. Esta delimitación de la subjetividad desde lo laboral implica cierta

* Este artículo constituye una versión revisada de ideas fraguadas en el Seminario Permanente sobre Trabajo, Cultura y Relaciones de Género que coordino en el Posgrado en Estudios Sociales de la UAM-Iztapalapa, y tiene como antecedente los trabajos publicados en Guadarrama y Torres (2007). Los nuevos matices a estas ideas, tan importantes en el proceso de construcción del conocimiento, se deben principalmente a las provocadoras sugerencias de mis lectores(as) anónimos(as), muchas de las cuales tomé casi textualmente, aunque el resultado final es de mi entera responsabilidad.

dificultad, ya que supone actualizar algunos de los supuestos básicos de los estudios sobre el trabajo femenino de los años setenta y ochenta, como aquel que establece la separación tajante entre las actividades relacionadas con la reproducción y las reconocidas como trabajo productivo (Borderías, Carrasco y Alemany, 1994). Más de treinta años después, los cambios producidos por la globalización, la subcontratación del trabajo y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, empiezan a hacer obsoleta esta separación de los espacios y tiempos de trabajo, como la que alude al trabajo doméstico y extradoméstico. La flexibilización del trabajo ha implicado, entre otras cosas, la superposición de estos espacios y la modificación de los arreglos que suponen su uso. Lo paradójico es que a pesar de estos cambios tan profundos las mujeres siguen ocupando un lugar desventajoso en la vida familiar y de trabajo.

Sin pretender entrar de lleno en las causas que explican esta situación, nos proponemos avanzar sólo por una de las veredas menos estudiadas pero que pueden ayudar a conocer mejor la persistente doble carga familiar y laboral de las mujeres. Nos referimos a la línea de estudios sobre los significados del trabajo femenino.

Desde los años setenta, sobre la presencia económica de las mujeres muchas páginas se han escrito en libros, revistas especializadas internacionales y nacionales, documentos oficiales, etc.; son tantos y tan conocidos que no es necesario citarlos. Los estudios en la materia se han concentrado, sin embargo, en analizar los aspectos objetivos de esta presencia, que aluden a temas como la inserción y distribución de las mujeres en el mercado de trabajo, sus oportunidades de empleo, la segregación por sexo y las brechas salariales entre hombres y mujeres. Igualmente, hay una numerosa y consistente bibliografía sobre el trabajo doméstico y de manera más amplia sobre los cambios en el mundo familiar y sus actores vinculados a las transformaciones macroeconómicas y sociodemográficas, o que miran los aspectos micro de las relaciones familiares, como los referidos a la toma de decisiones.¹ Sin aventurar mucho, y basándonos en indagaciones anteriores,² podríamos afirmar que en este terreno muy poco se han considerado los procesos culturales que intervienen en la definición de la identidad laboral y social femenina, a raíz de que su presencia económica ha sido reconocida por las estadísticas y las políticas públicas como una de las revoluciones más importantes del siglo XX.

¹ En México sobresalen los trabajos ya clásicos de Teresita de Barbieri, Brígida García y Orlandina de Oliveira, Edith Pacheco y Mercedes Blanco, Mercedes Pedrero y Teresa Rendón, mismos que tampoco voy a citar por ser tan numerosos y conocidos por los especialistas y no especialistas.

² Al respecto puede consultarse Guadarrama (1998; 2000).

La importancia de este ángulo de reflexión cultural es que nos permite poner el acento en las contradicciones y rupturas que caracterizan las trayectorias laborales femeninas, y preguntarnos si su experiencia doble, simultánea y ambivalente podría rearticularse individual y socialmente en identidades que reflejen de manera más integral su condición genérica y laboral.

Este cambio de visión sobre el trabajo femenino nos conduce inevitablemente hacia los estudios que han señalado a la heterogeneidad laboral como el rasgo distintivo del trabajo en este principio de siglo (García y Oliveira, 2001; Pacheco, 2004; García, 2006; Salas 2007). Particularmente aquellos que abren la posibilidad de pensar este fenómeno desde el lugar de los sujetos laborales, y de sus identidades, en un contexto caracterizado por la inestabilidad, la precariedad y la vulnerabilidad laborales (Lautier, 1999). A la luz de estos fenómenos, es que nos preguntamos sobre los significados del trabajo femenino en el mundo global.

Nuestro punto de partida coincide entonces con estos enfoques que reflejan la heterogeneidad de los espacios laborales y su desbordamiento creciente hacia los nuevos ámbitos, como la calle, el barrio y la casa, que antaño integraban el mundo *fuera* del trabajo (Delfini y Picchetti, 2004:270). A partir de esta resignificación profunda del espacio laboral, este artículo intenta explicar las cambiantes relaciones entre los mundos familiar y personal de hombres y mujeres, y los sistemas de diferenciación y clasificación de lo femenino/masculino reproducidos en sus propias experiencias de vida. En otras palabras, se trata de dar una vuelta de tuerca a las teorías laborales, desmaterializarlas, descentrarlas de los aspectos tecno-productivos y sistémicos, y de introducir las dimensiones culturales, socio-simbólicas y subjetivas en los estudios sobre el trabajo.

El campo teórico de las identidades: resumen de una discusión

En otros trabajos hemos hablado de este giro teórico de los estudios laborales hacia el campo de la cultura, particularmente en un contexto marcado por la creciente diversidad laboral y de identidades sociales que participan de una realidad cambiante, en la que la temporalidad y los espacios de trabajo parecen ser imperdurables. También nos hemos referido al vínculo entre cultura, identidad, género y trabajo, que permite pensar al mundo laboral a través de procesos y contradicciones subyacentes entre el individuo, la familia y la sociedad, haciendo énfasis en la necesidad de considerar a los sujetos desde una perspectiva de género (De la O y Guadarrama, 2006a; 2006b).

En esta discusión, en principio retomamos la idea del sociólogo francés Claude Dubar (2000), quien supone que la identidad es resultado de procesos de socialización que se construyen en la interacción entre individuos e instituciones. Desde esta consideración, la doble presencia de las mujeres podría ser concebida como una transacción entre los esquemas socialmente configurados de lo que significa el doble rol femenino de madres-esposas y trabajadoras, y su propia experiencia desde la cual confrontan los roles aprendidos.

Esta perspectiva transaccional es la que tomamos como base para la construcción de las hipótesis que guían las investigaciones desarrolladas en el Seminario sobre Trabajo, Cultura y Relaciones de Género,³ que en su primera época se orientaron al estudio de las identidades ocupacionales y profesionales. De manera resumida, estas hipótesis apuntan a tres ideas básicas:

1. Las identidades laborales de las mujeres no se limitan exclusivamente a los significados relacionados con su profesión u ocupación o con el espacio laboral y la cultura de la empresa. Su identidad laboral se construye en tiempos y espacios heterogéneos articulados a lo largo de su trayectoria biográfica y de los diversos contextos sociohistóricos en los que viven y trabajan.
2. La identidad laboral supone una doble transacción entre el *proceso de etiquetación de identidades* que orientan a las mujeres hacia el trabajo de acuerdo con la definición *a priori* de sus modalidades genéricas, sexuales, raciales, de clase, étnicas y/o regionales, y el *proceso de construcción de sujetos* que plantea la modificación de estas orientaciones predefinidas de acuerdo con sus necesidades y deseos y, eventualmente, su identificación como actores colectivos.
3. En el caso de las profesiones/ocupaciones feminizadas, esta doble transacción es experimentada por las mujeres como un sentimiento de ambigüedad/ambivalencia entre la aceptación o el rechazo de los estereotipos heredados y la continuidad o ruptura de sus identidades precedentes.

En el fondo de estas hipótesis sobre las identidades laborales femeninas subyace la idea más general de ciertas corrientes sociológicas que sostienen que las identidades sociales constituyen resignificaciones de ciertas definiciones básicas, a partir de las cuales los individuos conforman su yo relacional. Siguiendo a Bourdieu (1988:134), afirmamos que esta construcción no se

³ Este seminario forma parte del Posgrado en Estudios Sociales, Línea Estudios Laborales, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

opera en un vacío social. Las estructuras mentales de los individuos, a través de las cuales aprehenden su mundo social, su *habitus*, son en lo esencial el producto de la interiorización de las estructuras del mundo resignificadas social —y agregaríamos—, sexual y genéricamente. En este mismo sentido, Norbert Elias, citado por Salles (2003), se refiere a este doble carácter del mundo de la experiencia como independiente y a la vez inclusivo de nosotros mismos. Para dar cuenta de este doble proceso de apropiación del mundo social desde la experiencia de las mujeres, es útil la propuesta de Tarrés (2007), quien descompone analíticamente esta experiencia en dos grandes niveles o movimientos: *a) el movimiento histórico-estructural*, que comprende los procesos *macro-sociales* que rompen los patrones de reproducción femenina y, *b) el movimiento histórico-coyuntural* constituido por los factores que influyen en sus biografías para redefinir sus identidades subordinadas. Resulta particularmente interesante este último movimiento, que comprende los microcambios que cruzan las individualidades y reflejan las pequeñas y grandes acciones, los intercambios y las negociaciones de significados, a través de los cuales las mujeres expresan sus identidades diversas, se coordinan entre sí y con otros, y buscan equilibrar sus intereses a niveles locales.

En su conjunto, este doble movimiento da cuenta de las *rupturas estructurales*, que como la migración, la itinerancia laboral⁴ o los nuevos patrones de fecundidad afectan la vida de las mujeres. Estas rupturas además de dar cuenta de la continuidad y la reproducción identifican los quiebres de ciertos patrones y su impacto en las biografías femeninas, fenómeno que hoy día se ve más acentuado por la vulnerabilidad y la exclusión imperantes en el mundo laboral. El vínculo entre la experiencia individual y social del cambio es lo que Tarrés, inspirada en Pizzorno (1990), denomina *campos de acción*, que podríamos entenderlos como dimensiones *mezo*, localizadas entre los procesos macro-estructurales y el nivel micro-social en el que se desarrollan las vidas individuales. En estos *campos* las mujeres establecen nuevos vínculos, renombrándolos y atribuyéndoles diversos significados en su vida cotidiana, y los traducen al lenguaje de las demandas sociales más amplias para que puedan ser escuchadas y reconocidas por *los otros*. Así es como las mujeres se constituyen en sujetos sociales a la manera habermasiana, es decir, haciéndose parte del mundo de vida a través de su capacidad de lenguaje y de acción (Habermas, 1996:458). Podríamos decir, entonces, parafraseando al filósofo alemán, que

⁴ En estas itinerancias lo laboral ampliado toma la forma del doble trabajo, de la doble, triple o múltiple presencia, de la ambigüedad de adscripciones como madre, esposa, hija, trabajadora, dirigente social, funcionaria, de la incertidumbre laboral, de las múltiples obligaciones que desgajan la vida de las mujeres.

los *campos* constituyen los *códigos lingüísticos del cambio*. Aunque son más que eso, en la medida en que en el proceso mismo de renombrar sus situaciones las mujeres son capaces de moverse de lugar y realizar pequeñas acciones que a la larga pueden transformar su condición social. Dicho en palabras de Pizzorno (1990), los *campos de acción* son “círculos de reconocimiento identitario” particularmente útiles para los sujetos emergentes que no se identifican con las identidades reconocidas por los círculos de pertenencia tradicionales. Este es el caso de las mujeres que son subvaloradas en la familia, la escuela, el mercado de trabajo y la política. Finalmente, podríamos decir que en estos *campos* las mujeres empiezan a ejercer, desde las redes allí construidas, un poder propio que les otorga una autonomía relativa. Este descubrimiento es fundamental para poder explicar, como es nuestra intención, su inserción laboral en contextos cambiantes laborales y de representación de intereses.

Estrategias de investigación

Si seguimos la idea de que las identidades no se operan en un vacío social, y que implican un doble proceso de aprehensión y resignificación de estas realidades desde la experiencia de los individuos, es fácil entender por qué las percepciones sobre el trabajo dominantes en el mercado han ido cambiando, lo mismo que los significados que hombres y mujeres le otorgan a su propia experiencia.

Desde esta perspectiva que pone el acento en el cambio, tanto macro-estructural como coyuntural y biográfico, las identidades laborales pueden verse como procesos *meso* que discurren entre las instituciones que regulan las orientaciones laborales de los individuos y los propios deseos, sentimientos, percepciones de estos últimos que, a su vez, resultan de una negociación con los otros que forman su mundo social.

A partir de esta perspectiva, proponemos líneas de investigación que buscan conocer cómo construyen las mujeres sus identidades laborales. Para ello hacemos una diferenciación convencional entre trabajos manuales y no manuales. Esta diferenciación constituye un “artificio metodológico” para distinguir a mujeres con escolaridad superior y formación profesional de aquellas otras que apenas alcanzan el nivel medio de escolaridad y que desempeñan actividades manuales. Indirectamente, esta distinción sirve también para diferenciar a las mujeres en términos de estrato socioeconómico o clase.⁵

⁵ Una discusión más amplia sobre este acercamiento al trabajo y las ocupaciones de las mujeres puede verse en Guadarrama y Torres (2007).

Otra estrategia metodológica fundamental en esta línea de investigación es la que se deriva de las historias de vida, que nos permiten observar de forma relacional los espacios y tiempos del trabajo y del no trabajo, de la intimidad familiar y del trabajo productivo, y a partir de allí sacar conclusiones sobre las orientaciones laborales de las mujeres. Esta estrategia se propone como una vía para evitar caer en determinismos estructurales, y a través de la narrativa descubrir las capacidades de lenguaje y de acción de las mujeres, aun las que aparentemente están atrapadas en constreñimientos profesionales, sociales, económicos y/o personales.

Por último, retomamos el concepto de socialización a la manera de Dubar (2000), para estudiar el despliegue de las trayectorias laborales de las mujeres a lo largo de su vida y en contextos socialmente estructurados. Particularmente, consideramos la familia y la escuela como los contextos en los cuales se crean las bases de sus identidades laborales y de género, así como su inserción en el mercado laboral. Igualmente importantes son las trayectorias que siguen a lo largo de su vida activa.

Macro-determinaciones o micro-decisiones

Cuando señalamos que las identidades son un proceso relacional que se da en contextos socialmente estructurados, nos enfrentamos al reto de transformar estos espacios en campos de acción habitados por individuos que interiorizan las estructuras del mundo y las resignifican para tomar decisiones.

De manera más específica, al hablar de las identidades laborales femeninas ponemos en juego los factores subjetivos, sociales y personales que intervienen en la construcción de sus profesiones/ocupaciones desde una perspectiva relacional y biográfica. En este sentido consideramos, por ejemplo, que los vínculos entre familia y trabajo forman parte de un sistema único de relaciones sociales “históricamente variable” (Ferree, citada por Haas, 1999), o intentamos traducir el fenómeno macroestructural de la segregación laboral en procesos micro, como el reparto desigual de los recursos en el seno de las familias y las tensiones que eso genera entre sus miembros (Oliveira, 2000).

Desde esta perspectiva, el hogar puede ser comprendido también como un microcosmos para observar “la reestructuración social y el ajuste doméstico” que se expresa en el aumento de familias extensas y, junto con ellas, el incremento de las actividades informales y el autoempleo precario. Igualmente, como lo hace González de la Rocha (2001), podemos explicar la pobreza

de los recursos familiares⁶ como el resultado del deterioro del mercado de trabajo.

Hilando aún más fino, es necesario poner a discusión algunas tesis que señalan que son los patrones familiares los que obligan a las mujeres pobres, en cierta etapa de su ciclo de vida, a elegir entre trabajos formales con mayores exigencias o informales “más flexibles” (Hoyman, 1987). En otras palabras, que son los roles maternales en la etapa reproductiva los que determinan las decisiones de la inserción femenina en el trabajo. Esta forma de determinismo de los roles sobre la capacidad de acción de las mujeres en el mercado de trabajo contradice la idea de los campos de acción, que retomamos de Pizzorno (1990) y Tarrés (2007), la cual nos permite descubrir que las mujeres, aún en condiciones económicas desfavorables, pueden transformar el espacio familiar de campo estructurado por posiciones asignadas, quasi fijas, en uno más fluido donde cabe la acción que puede modificar los roles de madre y esposa y construir arreglos dentro o fuera de la familia para insertarse en la actividad económica, haciendo valer sus propios intereses individuales.

De la misma manera, el concepto de estrategias de sobrevivencia, o el más específico de estrategias ocupacionales (Masseroni, 1997), están impregnados de un fuerte determinismo que pone en primer plano los intereses del grupo familiar y los factores sociodemográficos de sus miembros, como la etapa del ciclo de vida de las mujeres, su nivel de educación y su situación conyugal.

En contraste, otras investigaciones latinoamericanas han resaltado los factores subjetivos que intervienen en la elección profesional y ocupacional de las mujeres. Junto con las necesidades económicas de las familias, se estudian también las aspiraciones personales de las mujeres, sus dificultades para compatibilizar tareas domésticas y extradomésticas, la segregación de los mercados de trabajo y los conflictos familiares. Teniendo en cuenta estos factores, Cerruti (2003), construyó una tipología de trabajadoras basada en las propias experiencias y percepciones de las mujeres sobre el trabajo y la familia.

Para el caso mexicano, Pacheco (2007) hace evidente la diversidad social de la participación femenina y demuestra que no podemos hablar de las mujeres como si fueran un conglomerado uniforme. Si queremos pensar en las mujeres como sujetos sociales se hace necesario, además, identificar las transiciones en sus vidas que afectan sus identidades. Una de estas transicio-

⁶ González de la Rocha (2001) se refiere a la nueva “pobreza de los recursos”, que erosiona la capacidad de sobrevivir de las familias en un contexto marcado por la desigualdad interna y la distribución diferenciada de las cargas fiscales y recompensas.

nes está relacionada con los patrones de fecundidad. El menor número de hijos, señala esta autora, podría explicar los cambios a la alza en las tasas de participación por edad, particularmente entre mujeres de 35 a 44 años. Sin embargo, como ella misma apunta, este factor no es suficiente para explicar su participación. Otra variable, que expresa indirectamente la condición socioeconómica de las mujeres mexicanas y su estructura de oportunidades diferenciada en el mercado de trabajo, es su escolaridad. Los datos que presenta demuestran que a mayor nivel de instrucción aumenta la participación económica femenina. En el caso de México esta situación es bastante clara, puesto que la tasa de participación de las mujeres con estudios postsecundarios involucra a la mitad de las mujeres en edad de trabajar,⁷ mientras que la participación de las mujeres sin instrucción o incluso con primaria no supera el 30%. *Generalmente son las mujeres pobres que no tuvieron acceso a la educación superior quienes ven limitadas sus posibilidades en el mercado de trabajo.*

Estos datos “duros” tienen un significado mucho más profundo, que nos indica que las mujeres entran a trabajar por distintos motivos: las mujeres de clase media con más escolaridad y menor carga familiar⁸ lo hacen con mayor frecuencia que las de menores recursos económicos; no sólo porque tienen mejores condiciones, sino también porque han decidido hacer prevalecer sus propios deseos y necesidades de realización por encima de las funciones asignadas a su rol familiar.

En el caso de las mujeres pobres, la necesidad económica es desde luego un factor material que *las empuja* al mercado de trabajo. Pero igual que las primeras deben vencer obstáculos menos tangibles pero muy poderosos, presentes dentro y fuera de la familia, que se resumen en eso que Murillo (2006) llama domesticidad, y que alude a la disposición de las mujeres para aplazar sus propios deseos en función de las demandas o apetencias de los demás. En el plano social, estas conductas se fijan en esas fórmulas que naturalizan las diferencias de género llamadas estereotipos.

La prueba de ello es que muchas de estas mujeres pobres que trabajan por necesidad, a pesar de las dificultades que enfrentan, encuentran satisfacción en trabajar fuera de casa e incluso llegan a ver su trabajo como un medio para reconstruir su autoestima y lograr su autonomía económica y emocional.

⁷ Al respecto, Masseroni (1997), en su estudio sobre el comportamiento económico de las mujeres pobres de la zona periférica de Buenos Aires, indica que las más educadas se incorporan al mercado de trabajo en una mayor proporción.

⁸ El tema de la carga familiar en mujeres de clase media no sólo está relacionado con el número de hijos, sino con estilos de vida que suponen otras exigencias que son atendidas por estas mujeres. Sobre la problemática, véase Blanco (2002).

A continuación analizaremos la situación de las mujeres de mayor escolaridad en profesiones feminizadas y masculinizadas, y más adelante la de aquellas mujeres que apenas alcanzan educación media y que desempeñan trabajos manuales. Con este propósito tomamos como fuente de inspiración los casos estudiados en el Seminario sobre Trabajo, Cultura y Relaciones de Género. En ambas situaciones buscamos indagar sobre sus trayectorias laborales y los significados que le otorgan a su experiencia en contextos diversos.

Profesiones feminizadas y masculinizadas

Durante buena parte del siglo XX, principalmente en su segunda mitad, las mujeres mexicanas de clase media de mayor calificación se identificaron principalmente con profesiones calificadas socialmente como femeninas asociadas al cuidado de los otros. Una característica de estas profesiones es su condición subordinada o secundaria en relación con aquéllas caracterizadas simbólicamente como nichos masculinos.

Con todo y que estas profesiones han mejorado su estatus profesional, como puede verse en las investigaciones de Torres (2005) y Tolentino (2007), que teóricamente las sitúa en iguales condiciones en el sistema educativo que el resto de las profesiones universitarias en México, en la práctica la situación de sus egresados, principalmente de las mujeres, no ha cambiado sustancialmente. Un factor que podría explicar esta situación son las nuevas formas de competencia extendidas en las organizaciones de trabajo y en el sistema educativo que, de acuerdo con Dubar (2000), corresponden a la idea de *empleabilidad*, la cual supone la responsabilidad de cada individuo —ya no más de la escuela y la empresa— en la adquisición y el mantenimiento de sus propias competencias. En el caso de las mujeres profesionistas, sus posibilidades individuales para “mantenerse en estado de competencia” están estrechamente relacionadas con su condición familiar. Las mujeres profesionistas mayormente “atadas” al trabajo doméstico y a sus responsabilidades familiares son las que están en mayor desventaja para enfrentar el reto de su formación “durante toda la vida”; en cambio aquellas que se apoyan en arreglos familiares más equilibrados y/o en redes de solidaridad social o institucional pueden alcanzar niveles de escolaridad más altos y desarrollarse con éxito en la carrera profesional a lo largo de su vida activa.

Nuevamente vemos aquí que aun en el caso de las mujeres profesionistas, con mayores recursos culturales, el éxito profesional no depende de la suma de estos recursos, sino de su capacidad para movilizarlos a favor de sus deseos de realización profesional.

Otro caso es el de la lenta pero creciente participación de las mujeres en profesiones masculinizadas. En estas profesiones, las mujeres de más altas calificaciones tienden a reproducir los estereotipos masculinos al buscar su aceptación, mientras que las que tienen un nivel semi-profesional o técnico generalmente se enfrentan a mayores dificultades para permanecer e identificarse con su trabajo.

La situación de estas mujeres nos permite observar los mecanismos de *adaptación* que deben desarrollar las mujeres para permanecer en nichos de trabajo que se rigen por reglas masculinas y donde su presencia es minoritaria. Aunque también su sobrevivencia en estos espacios masculinizados constituye para estas mujeres una conquista que requiere grandes esfuerzos para vencer los estereotipos de género aprendidos desde la infancia.

Para explicar estas diferencias en el mercado de trabajo y profesional al que tienen acceso las mujeres, buscaremos profundizar en los aspectos simbólicos que constituyen su identidad real, vivida o elegida. Dicho en otras palabras, buscaremos poner de manifiesto las relaciones recíprocas entre los significados atribuidos por las mujeres a sus acciones y los condicionantes estructurales de los contextos sociohistóricos en los que viven y trabajan.

La construcción de identidades profesionales

La construcción de las identidades profesionales es un proceso que no se limita solamente a la formación y transmisión de saberes. Las diferencias de género, de calificación, clase, etnia y muchas otras que recorren la formación profesional de las personas; su ingreso al mercado de trabajo y las características de su mundo familiar, son factores que actúan de manera muy importante en la estructuración de las identidades atravesadas por el trabajo. Las identidades profesionales están lejos de constituir un conglomerado inmutable de valores, normas y prácticas compartidos igualmente por hombres y mujeres. Su carácter histórico, está relacionado con el espacio y el tiempo de vida de las personas. Actualmente, los cambios en la organización del trabajo, la introducción de nuevas tecnologías, la disminución del trabajo industrial y la expansión de los servicios, la llamada revolución del conocimiento, las nuevas formas de competencia, la mayor presencia económica de las mujeres, la fragilidad de los lazos laborales y la creciente flexibilización del trabajo que se expresa en la intermitencia y movilidad laboral intensa o la exclusión definitiva de las personas en o del trabajo, son todas ellas condiciones que tienen un impacto en las identidades profesionales y laborales, así como en las posibilidades de acción colectiva de los individuos, hombres y mujeres.

Igualmente importantes son los cambios observados en los modelos familiares y en los estereotipos de género que orientan la formación profesional y la inserción laboral de las mujeres.

De este entrelazamiento entre el mundo reproductivo y productivo resultan identidades genérico-profesionales sostenidas en dos ejes contradictorios: la maternidad y la profesión, a partir de los cuales las mujeres construyen sus identidades. En este sentido, podríamos pensar en un esquema en el que una mayoría de mujeres construyen sus identidades laborales buscando de distintas maneras conciliar estas dos esferas que constituyen parte central de su mundo de vida, y otras pocas que por distintas razones eligen sólo una de estas esferas para realizarse como madres-esposas, o bien como profesionistas.

La realidad nos muestra, sin embargo, un panorama más complejo. Entre las profesionistas que siguen la estrategia conciliatoria, encontramos, por ejemplo, mujeres que en el fondo dan mayor preferencia a la maternidad como eje de realización en su vida y otras que destacan su realización profesional, aunque sin renunciar al otro campo. Entre las que se enfrentan a situaciones más polarizadas, en complejos procesos familiares y personales, están las mujeres exclusivas del hogar y las profesionistas que renuncian de plano a la maternidad.

En el fondo de estas identidades laborales femeninas corren procesos contradictorios más generales de resignificación de las categorías genéricas socialmente configuradas y transmitidas, y las propias experiencia biográficas relacionales de las mujeres a partir de las cuales reconfiguran genéricamente los saberes aprendidos. En el caso de las profesionistas, la familia y la escuela son los dos espacios sociales que más influyen en su orientación profesional y donde tienen lugar las batallas reales y simbólicas decisivas en el futuro de la vida de las mujeres. En ellos construyen —y reconstruyen— sus gustos y preferencias profesionales, readecuando los modelos que definen la masculinidad y la feminidad de las profesiones desde una cultura masculina no siempre explícita (Loudermilk, 2004). En este sentido, el *descubrimiento* profesional, lo que algunos llaman la vocación, debe entenderse como un proceso pedagógico que se conforma a lo largo de la vida de las personas, y que si bien está informado por los estereotipos de género preexistentes, cada vez debe ser reconstruido, puesto al día, de acuerdo con sus condiciones sociales y biográficas. Por esta razón, la elección de carreras *femeninas* o *masculinas* tiene un enorme significado no sólo desde el punto de vista profesional, sino también de la identidad genérica de las mujeres. Igualmente, las decisiones relativas a su vida familiar están claramente vinculadas a su condición laboral. Es por ello que afirmamos que los perfiles profesionales de las mujeres,

su profesionalismo entendido como su desarrollo profesional, su estado de competencia, su empleabilidad, dependen de los arreglos familiares y de sus disposiciones, que oscilan entre la domesticidad y la realización individual, desarrolladas a lo largo de su vida activa.

No debemos olvidar que esta interconexión, este *entrelazamiento*,⁹ entre la subjetividad individual y la formación profesional, la transformación del *self* y los procesos de socialización profesional, están mediados por el aprendizaje en la familia, la escuela y el lugar de trabajo, y en última instancia por la capacidad de agencia de las personas. Esto quiere decir que los individuos toman decisiones de acuerdo con los recursos económicos y culturales (*habitus*) de que disponen. De ahí que las identidades profesionales se estén acomodando permanentemente a los cambios en los procesos de transmisión del conocimiento y de aprendizaje en la escuela y en el trabajo, y paralelamente a las modificaciones de los modelos familiares (Pacheco y Blanco, 2007). Estos cambios se expresan también en las metáforas que conforman las ideologías profesionales y en los saberes y las habilidades orientados genéricamente; por ejemplo, en las definiciones de las profesiones de cuidado, como la enfermería y el trabajo social, que tienen un alto contenido emocional y afectivo. Lo mismo pasa con el magisterio, particularmente en los primeros años de la primaria, en los que prevalece la figura maternalizada de las maestras. De allí resultan profesiones que en apariencia son más compatibles con las necesidades de las mujeres que privilegian la maternidad como eje de constitución identitaria. En cambio, otras profesiones construidas desde figuras y metáforas masculinas, como el saber racional y el don de mando, exigen la trasgresión de estas construcciones en el proceso de “pensar, actuar y aprender” de las mujeres. Esta trasgresión conduce a identidades que buscan conciliar maternidad y profesión sobre el eje de la realización profesional, o que de plano consideran a la maternidad, en las circunstancias actuales, como inconciliable con esta realización.

En el caso de las profesiones feminizadas, una aportación novedosa a esta discusión la hace Tolentino (2007) a partir de un estudio de caso sobre enfermeras de un prestigioso hospital-escuela de la ciudad de México. Su investigación nos permite observar los cambios en este mercado profesional y laboral en el que se observan ganancias para las mujeres que han logrado el reconocimiento de su trabajo profesional más allá de los estereotipos vocacionales predominantes en esta profesión, pero también la continuación y extensión de situaciones de exclusión por razones de género y clase.

⁹ Referido como *entwining* por Billett y Somerville (2004).

Desde esta perspectiva, el espacio institucional es visto como un espacio relacional privilegiado para la construcción de las identidades profesionales. En este espacio los individuos se constituyen como sujetos para sí y para los otros a través de procesos de internalización de las categorías laborales establecidas, de los espacios-tiempos del trabajo, de las reglas que rigen las relaciones entre los actores que son al mismo tiempo resignificadas de acuerdo con sus propias biografías, sexo y especializaciones profesionales.

En las profesiones masculinizadas, como la ingeniería, es común que las mujeres se adhieran al mismo tipo de valores, compartan las mismas expectativas y adquieran en principio la misma identidad profesional que los hombres (Beraud, 2007). No obstante, esta identidad profesional adquirida a lo largo de su formación acaba chocando con la realidad de la vida laboral de las empresas regidas por el ejercicio de la autoridad, el compromiso con la empresa, la competencia y el desequilibrio entre la vida profesional y personal. Si bien las aspiraciones de ingenieras e ingenieros son en apariencia iguales, sus carreras profesionales son distintas debido a los valores masculinos sobre la profesión, aún predominantes.¹⁰

Sobre esta contraposición entre identidades aprendidas y práctica profesional abunda Alfredo Hualde (2007) en su estudio sobre mujeres ingenieras y técnicas del mercado de trabajo maquilador en la frontera norte de México. El punto central de su investigación son las dificultades que enfrentan estas mujeres para construir identidades ligadas al trabajo, que no corresponden a su identificación con la carrera. Si bien, esta última emerge fortalecida por el reto que supuso para las jóvenes profesionistas su travesía anterior por un espacio escolar masculino, en el momento de insertarse en el mercado de trabajo y asumir responsabilidades familiares afloran las contradicciones entre éstas y sus aspiraciones profesionales. Esta ambigüedad se manifiesta en estrategias que oscilan entre tratar de imitar los estereotipos masculinos —sinónimos de éxito— y la reproducción de los estereotipos tradicionales femeninos en relación con la maternidad; ambos encubiertos por los mercados de trabajo que se rigen por valores aparentemente neutros en cuanto a género. En el fondo estas mujeres se enfrentan al dilema histórico entre ser buenas profesionistas o ser buenas madres-esposas, en situaciones donde no coinciden las demandas del mercado con las del mundo familiar.

¹⁰ Battistini (2004:36) señala que estas contradicciones entre los saberes aprendidos y el mercado de trabajo se han agudizado con la generación de nuevas formas de organización del trabajo, la introducción de nuevas tecnologías y la multiplicación de quienes buscan empleo: “el proyecto que se había pensado en el colegio se trunca en la concreción del empleo”.

El trabajo manual en la globalización

Hasta aquí hemos demostrado que la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo constituye un proceso social complejo, que sólo puede entenderse si se toma como punto de partida a los sujetos sociales que se mueven dentro de ciertos contextos estructurales que delimitan su acción. En este mismo sentido, resulta muy útil pensar en mediaciones entre distintos niveles de análisis macro, meso y micro para explicar el incremento del empleo femenino; los cambios en las instituciones y los estereotipos sociales que orientan los comportamientos familiares; las aspiraciones de las mujeres de acuerdo con su condición socioeconómica, etapa del ciclo de vida, etnia, raza, y los significados que le otorgan a su doble trabajo.

Sin embargo, es importante no olvidar que estas mediaciones se transforman de acuerdo con los contextos sociohistóricos en los que los individuos viven y trabajan. Por esta razón, y como punto de contraste, abordamos la situación de las mujeres de mediana y baja escolaridad, que desempeñan trabajos manuales, y que se incorporaron al mercado de trabajo en un contexto marcado por la globalización y la flexibilización en las últimas dos décadas del siglo pasado; fenómenos que provocaron cambios profundos en sus estrategias para responder a la doble exigencia del mercado y de la familia.

Particularmente nos interesa abordar estos cambios desde una perspectiva micro que ponga en el centro la experiencia de las propias mujeres (Freeman, 2001). Esto significa analizar su experiencia desde sitios como la familia, la comunidad, el mercado y el lugar de trabajo, en los cuales los procesos globales son “simultáneamente conformados, limitados y redefinidos” por los actores sociales. En este sentido, Freeman (2001) alude a las nuevas formas de *feminidad global* que emergen como respuesta afirmativa de las mujeres a la demanda de fuerza de trabajo dócil por parte de las empresas transnacionales; respuesta que se enfrenta a condiciones sociales muy difíciles en contextos donde la visibilidad económica de las mujeres genera respuestas violentas —incluso extremas—, como en el caso de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, Chihuahua. La exposición de las mujeres a los nuevos espacios transnacionalizados, en donde construyen formas inéditas de movilidad entre el trabajo formal e informal, entre la producción y el consumo, ha resultado también en una reconstitución de sus identidades como mujeres y trabajadoras, proveedoras y consumidoras. Un ejemplo de estos procesos lo propone Veloz (2007), quien estudia a las mujeres indígenas purépechas que se trasladan desde sus comunidades, en el estado de Michoacán, a la ciudad de Tijuana, en la frontera norte de México, para trabajar en

las empresas maquiladoras de exportación. Esta relocalización espacial y laboral de las mujeres supone cambios culturales muy profundos en sus roles de género, y una nueva forma de vincular producción y consumo en contextos transnacionales. En sus tiempos libres, estas mujeres se convierten en figuras parecidas a las *higgler*s de Freeman,¹¹ que en el lenguaje fronterizo del norte mexicano sería algo parecido a las *fayuqueras*,¹² que compran mercancías baratas en “el otro lado” y las revenden en el mercado informal tijuanense (Veloz, 2007).

Estos movimientos de las mujeres entre lo global y lo local, lo formal y lo informal, han conformado nuevos estilos de insertarse en el mundo laboral que modifican las relaciones de género en las familias, las comunidades y los espacios laborales, no exentos de contradicciones. Crean también nuevos patrones de consumo y expresiones estéticas femeninas que se reflejan en la mezcla de sus tradiciones originales y la modernidad importada. De acuerdo con Freeman (2001), la compra-venta de ropa y accesorios realizada por estas mujeres no es sólo un acto de consumo, sino también de producción de sí mismas —de nuevas imágenes, nuevos modos de comportamiento y nuevas subjetividades en el orden simbólico transnacional—.

Lo que observamos en los espacios transnacionales es una forma aumentada de los problemas provocados por el neoliberalismo económico impuesto como modelo de sociedad y de producción desde los años ochenta del siglo pasado. En América Latina, la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo creció considerablemente en este contexto de apertura y flexibilización de las relaciones laborales. De ahí que podamos decir, junto con Oliveira (2000), Crompton (2002) y Carnoy (2001), que hay una relación estrecha entre los cambios en los modelos productivos y los modelos familiares. La discusión sobre las formas de inserción femenina en el mercado de trabajo, que implica reconocer los estereotipos sociales incubados desde la familia y la escuela y reproducidos en el mercado de trabajo, es también parte de una discusión sobre las formas de trabajo flexibles feminizadas que profundizan las desigualdades en la división sexual del trabajo doméstico y extradoméstico. Una prueba de ello es que el trabajo femenino se ha concentrado en los ser-

¹¹ Freeman (2001) se refiere a la figura típica representada por las coloridas *higgler*s (mercaderes, “regateadoras”) caribeñas que antiguamente iban de los pueblos a las grandes ciudades para comprar mercancías que a su regreso revendían en sus propias comunidades. En la actualidad, esta figura ha reaparecido en las mujeres que trabajan en las industrias de informática transnacionales de las zonas de libre comercio de Barbados, que para complementar sus bajos salarios incursionan en el comercio informal como importadoras y comerciantes.

¹² Palabra que en el argot fronterizo del norte mexicano significa comerciantes de mercancías importadas ilegalmente.

vicios de menor paga, lo cual permite también que las mujeres continúen tomando la mayor responsabilidad del trabajo doméstico. En otras palabras, el trabajo flexible en su forma más pura, como empleo fluido y temporal, excluyente, vulnerable, con riesgos, es el trabajo ejecutado por las mujeres.

Identidades precarias y construcción de sujetos

La mundialización de las formas de producción y de intercambio constituyen la segunda línea de análisis que hemos privilegiado para comprender las formas de inserción del trabajo femenino y los sentidos atribuidos por las mujeres a su trabajo. Una idea generalizada en los estudios sobre la materia es que la externalización del trabajo, desde los países centrales hacia las economías del continente, va de la mano de la precarización de la fuerza de trabajo femenina (y cada vez más la masculina). De ahí la importancia de las investigaciones sobre la nueva división internacional del trabajo y el papel de mujeres y hombres en las zonas libres de exportación que ponen en evidencia el carácter de este trabajo caracterizado por empleos inestables y mal remunerados, un patrón de segregación ocupacional de trabajos calificados masculinos y descalificados femeninos, políticas de contratación sexistas y dificultades en la sindicalización. Otro rasgo asociado a la globalización del trabajo son las cadenas internacionales de subcontratación, cuyos últimos eslabones son nichos precarios y feminizados de trabajo.¹³ Lo que importa destacar es que esta forma de trabajo ha crecido de manera predominante y por encima de los servicios urbanos en México y algunos países centroamericanos, donde es mayor la expansión de la industria maquiladora de exportación en subsectores predominantemente femeninos, como el textil, de calzado y vestido. De ahí nuestro interés por analizar estos contextos sociales globalizados como contextos de producción de sentido y descubrir sus relaciones con el mundo familiar y comunitario.

Al respecto, abundan las investigaciones que profundizan en el conocimiento de los mundos de vida de las trabajadoras de la maquila que habitan en la frontera de México con Estados Unidos (Solís, 2007). Desde este sitio, analizan la experiencia migratoria, territorial, familiar y vecinal que condiciona el acceso al mercado de trabajo de las mujeres y la construcción de identidades que resultan de una mezcla de sentimientos de resignación, acoplamiento, alienación y resistencia frente a sus condiciones materiales de vida y tra-

¹³ Un ejemplo de estos nichos son los pequeños talleres familiares que representan el último eslabón de las cadenas productivas.

bajo. El análisis de estos sentimientos se encuentra también en estudios como el de Castilla (2007), enfocado en el otro extremo del país, quien realiza una investigación sobre las mujeres de origen maya que trabajan en la planta maquiladora más antigua en la región de Mérida, Yucatán, reconocida como modelo por sus innovaciones tecnológicas y organizativas. El centro de interés de esta autora son los vínculos entre los aspectos simbólicos relacionados con el trabajo y la vida comunitaria, que transforman a estas mujeres en los sujetos-actores de los que habla la *sociología de la emergencia* (Pava-geau, 1994). Uno de estos vínculos son las redes de parentesco y vecinales que las trabajadoras recrean dentro de la fábrica, aprovechando las políticas de contratación de personal.

En un estudio sobre las trabajadoras de la industria maquiladora costarricense, yo misma rescato las formas de interacción en la vida cotidiana, familiar y laboral de estas mujeres, además del intercambio y la acumulación de sus experiencias, las cuales eventualmente se transforman en impulso para la acción cuando intervienen factores que permiten a las mujeres tomar conciencia de su situación (Guadarrama, 2007). De la misma forma que Castilla, veo en las redes familiares/fraternales/vecinales el entramado social básico a través del cual estas mujeres desafían la precariedad de su existencia en contextos caracterizados por el debilitamiento de los lazos sociales tradicionales, como el sindicato.

Conclusión

En resumen, podemos afirmar que la constitución de identidades sociolaborales al estilo de las culturas ocupacionales tradicionales asentadas en el orgullo profesional, que a su vez fueron producto del trabajo estable, se encuentran muy lejos de las realidades de las sociedades globalizadas latinoamericanas. De ahí la importancia que tiene estudiar estas nuevas realidades donde permanecen ciertas formas de identificación primarias, como las redes familiares, y surgen nuevos espacios de encuentro e identificación en el trabajo, como las propias organizaciones construidas por las mujeres para defender sus derechos humanos y laborales, que dan sentido a su acción. De ahí la importancia que tiene estudiar estas “trincheras de resistencia y supervivencia” en las que algunas mujeres han podido prefigurar formas de identificación y acción colectiva.

Como puede verse, la adscripción laboral es un parámetro con significados variables según el grupo profesional/ocupacional, el estrato socioeconómico y el género. Esta adscripción actualmente tiende a diluirse con la preca-

rización del trabajo, especialmente entre las mujeres pobres de baja escolaridad. En estos casos, aunque también entre las mujeres profesionistas, el espacio-tiempo laboral se caracteriza por la discontinuidad entre el trabajo y el no-trabajo, y por la persistente incompatibilidad entre las exigencias del mercado de trabajo y la familia. Por estas razones, es cada vez más difícil encontrar individuos que se definan por su pertenencia de por vida a una profesión u ocupación. La desregulación y la inestabilidad laboral que predomina en el mundo actual se manifiesta en relaciones más instrumentales con el trabajo, así como en la emergencia de nuevos espacios de identificación de hombres y mujeres en los que la antigua separación entre el espacio de trabajo y el espacio fuera del trabajo, entre mundo doméstico y mundo extradoméstico, pierde sentido en la medida en que ambos espacios se superponen en múltiples combinaciones. La presencia cada vez más importante de las mujeres en la vida pública y social ha puesto también al descubierto la inconsistencia de un mundo laboral construido sobre valores masculinos. Los cambios actuales exigen pensar en otras formas de construcción de significados que no corresponden a estas antiguas formas culturales masculinas, identificadas principalmente con la fábrica y la simbología cultural representada por ademanes, lenguajes, instrumentos, reglamentos, vestuarios y ornamentos típicos del mundo laboral industrial masculinizado. Hoy día estas formas tienden a desdibujarse en la multiplicidad genérica, generacional, étnica, regional, religiosa, etc., de los sujetos laborales; en su enorme movilidad ocupacional y geográfica y en la diversidad de formas de trabajo asalariadas, no asalariadas, por cuenta propia, a destajo, sin contrato, sin remuneración, semiesclavas, etc. El objetivo de este trabajo es contribuir a explicar estos cambios y sus significados, especialmente desde la experiencia de las mujeres.

Recibido: noviembre, 2007

Revisado: enero, 2008

Correspondencia: UAM-Iztapalapa/Departamento de Sociología/Av. Michoacán y la Purísima/Col. Vicentina/C. P. 09340/México, D. F./correo electrónico: rgo@xanum.uam.mx

Bibliografía

Battistini, Osvaldo R. (2004), "Las interacciones complejas entre el trabajo, la identidad y la acción colectiva", en Osvaldo R. Battistini (comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo.

- Beraud, André (2007), "La llegada de las mujeres a las actividades tradicionalmente masculinas. ¿Transformación de las identidades profesionales?", en R. Guadarrama y J. L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, UAM, Anthropos.
- Billett, Stephen y Margaret Somerville (2004), "Transformations at Work: Identity and Learning", *Studies in Continuing Education*, núm. 2, julio, pp. 309-326.
- Blanco, Mercedes (2002), "Trabajo y familia: entrelazamiento de trayectorias vitales", *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 17, núm. 3, pp. 447-483.
- Bourdieu, Pierre (1988), *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.
- Borderas, Cristina, Cristina Carrasco y Carmen Alemany (comps.) (1994), *Las mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*, Barcelona, ICARIA.
- Carnoy, Martin (2001), "The Family, Flexible Work and Social Cohesion at Risk", en Martha Fetherolf Loutfi (ed.), *Women, Gender and Work: What Is Equality and How so We Get There?* Génova, International Labour Office, pp. 305-325.
- Castilla, Beatriz (2007), "Identidad y representaciones de las trabajadoras de frente a la alta tecnología: el caso de una maquiladora estadounidense en Yucatán", en R. Guadarrama y J. L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 217-232.
- Cerrutti, Marcela (2003), "Trabajo, organización familiar y relaciones de género", en Catalina Wainerman (comp.), *Familia, trabajo y género: un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, FCE, pp. 105-151.
- Crompton, Rosemary (2002), "Employment, Flexible Working and the Family", *British Journal of Sociology*, vol. 53, núm. 4, diciembre, pp. 537-558.
- De la O, María Eugenia y Rocío Guadarrama (2006), "Género, proceso de trabajo y flexibilidad laboral en América Latina", en Enrique de la Garza (coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*, Barcelona, Anthropos, UAM, pp. 289-308.
- (2006), "Cultura, identidades laborales y de género en América Latina", en Ximena Díaz, Lorena Godoy y Antonio Stecher, *Trabajo, identidad y vínculo social: reflexiones y experiencias en el capitalismo flexible*, Centro de Estudios de la Mujer, Universidad Diego Portales, Santiago, pp. 158-184.
- Delfini, Marcelo y Valentina Picchetti (2004), "De la fábrica al barrio y del barrio a las calles. Desempleo y construcción de identidades en los sectores populares desocupados del conurbano bonaerense", en Osvaldo R. Battistini (comp.), *El trabajo frente al espejo: continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 269-290.
- Dubar, Claude (2000), *La crise des identités. L'interprétation d'une mutation*, París, Presses Universitaires de France.
- Freeman, Carla (2001), "Is Local: Global as Feminine? Masculine? Rethinking the Gender of Globalization", *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, vol. 26, núm. 4, verano, pp. 1007-1037.
- García, Brígida (2006), "La situación laboral precaria: marcos conceptuales y ejes analíticos pertinentes", *Trabajo*, núm. 3, julio-diciembre.

- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2001), “El mundo del trabajo. Heterogeneidad laboral y calidad de los empleos en las principales áreas urbanas de México”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, vol. 7, núm. 14, pp. 145-164.
- González de la Rocha, Mercedes (2001), “From de Resources of Poverty to de Poverty of Resources: the Erosion of a Survival Model”, *Latin American Perspectives*, vol. 28, núm. 4, pp. 72-100.
- Guadarrama, Rocío (2007), “Redes sociales y colectividades de resistencia entre las trabajadoras de la maquila de confección de ropa en Costa Rica”, en R. Guadarrama y J. L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 233-247.
- (2000), “La cultura laboral”, en Enrique de la Garza (coord.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México, FCE, pp. 213-242.
- (1998) (coord.), *Cultura y trabajo en México: estereotipos, prácticas y representaciones*, México, Juan Pablos Editores, UAM, Fundación Friedrich Ebert.
- Guadarrama, Rocío y José Luis Torres (coords.) (2007), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM.
- Haas, Linda (1999), “Families and Work”, en Marvin Sussman, Suzanne Steinmetz y Gary Peterson (eds.), *Handbook of Marriage and Family*, Nueva York, Plenum.
- Habermas, Jurgen (1996), *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos.
- Hirata, Helena (1998), “Reestruturação produtiva, trabalho e relações de gênero”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 4, núm.7, pp. 5-27.
- Hoyman, Michele (1987), “Female Participation in the Informal Economy: a Neglected Issue”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 493, pp. 64-82.
- Hualde, Alfredo (2007), “Mujeres y trabajo técnico en la industria maquiladora. Identidades y trayectorias profesionales”, en R. Guadarrama y J. L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 159-174.
- Lautier, Bruno (1999), “Por uma sociologia da heterogeneidade do tráballo”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 5, núm. 9, pp. 7-32.
- Loudermilk, A. (2004), “Taking Her Name: On Queer Male ‘Woman-Identification’ and Feminist Theory”, *Journal of International Women’s Studies*, núm. 5, junio, pp. 105-122.
- Masserón, Susana (1997), “Inserción laboral de mujeres pobres: un estudio sobre los factores condicionantes”, *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 14, octubre-diciembre, pp. 123-144.
- Murillo, Soledad (1996, 2006), *El mito de la vida privada: de la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI.
- Oliveira, Orlandina de (2000), “Transformaciones socioeconómicas, familia y condición femenina”, en María de la Paz López y Vania Salles (comps.), *Familia, género y pobreza*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 135-172.
- Pacheco, Edith (2007), “El mercado de trabajo en México. Cambios y continuidades”,

- en R. Guadarrama y J. L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 61-80.
- (2004), *Ciudad de México, heterogénea y desigual: un estudio sobre el mercado de trabajo*, México, El Colegio de México.
- Pacheco, Edith y Mercedes Blanco (2007), “Inserción laboral y cambios en los modelos familiares en México”, Congreso de la Latin American Studies Association (LASA), Montreal, Canadá, 5-8 agosto.
- Pavageau, Jean (1994), “Contribution a la sociologie de L’Emergence”, *Homage á Paul Henry Chombart de Lauwe. Les hommes, leurs espaces, et leurs aspiration*, París, L’Harmattan.
- Pizzorno, A. (1990), “Algunas otras clases de otredad. Una crítica de las teorías de acción racional”, en A. Foxley, M. Mcpherson y G. O’Donell (eds.), *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras. Ensayos de homenaje a Albert O. Hirschman*, México, FCE, *El Trimestre Económico*, Lecturas, núm. 65.
- Salas, Carlos (2007), “Empleo y trabajo en México 2001-2006. Un balance inicial”, *Trabajo*, enero-junio, pp. 137-161.
- Salles, Vania (2003), “El debate micro-macro: dilemas y contextos”, en Alejandro Canales y Susana Lerner (coords.), *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, México, El Colegio de México, Universidad de Guadalajara, Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 99-134.
- Solís, Marlene (2007), “Trabajo, identidad y género en las maquiladoras de Tijuana”, en R. Guadarrama y J. L. Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 195-216.
- Tarrés, María Luisa (2007), “Las identidades de género como proceso social: rupturas, campos de acción y construcción de sujetos”, en Rocío Guadarrama y José Luis Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 25-40.
- Tolentino, Hedalid (2007), “Orientaciones y significados del trabajo en un grupo de enfermeras de élite en la Ciudad de México”, en Rocío Guadarrama y José Luis Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Madrid, Anthropos, UAM, pp. 103-122.
- Torres, José Luis (2005), *La identidad profesional de las profesoras de educación primaria en México: un estudio sobre transacciones objetivas y subjetivas en contextos socialmente estructurados*, México, Posgrado en Estudios Sociales, Línea Estudios Laborales, UAM-Iztapalapa, tesis de doctorado.
- Veloz, Areli (2007), “Reconfiguración de la identidad género/étnica: el caso de las purépechas en las maquiladoras de Tijuana. Planteamiento de problema de investigación”, Posgrado en Estudios Sociales, Línea Estudios Laborales, UAM-Iztapalapa (mimeo).